

I

Á LA LÁMPARA MARAVILLOSA

Todos los parisienses de la orilla izquierda del río recuerdan haber visto, hace diez años, en el extremo de la calle de Seine, un estrecho almacén cuya portada, hecha con globos multicolores de cristal alineados y superpuestos en semicírculo, daba una nota brillante en el conjunto grisáceo de las casas vecinas. La tienda se iluminaba en cuanto llegaba la noche y resplandecía hasta las nueve á modo de arco iris nocturno. La muestra, también sembrada de luces, decía:

Á LA LÁMPARA MARAVILLOSA

M^{ms} EUDELINÉ

Alumbrado eléctrico con privilegio de invención.

El plural de aquella razón social era muy poco verídico, pues apenas Antonín había hecho venir de Cherburgo á su madre y á su hermana para instalarlas en la calle de Seine, la viuda de Eudeline se quedó sola y Dina entró en Correos y Telégrafos con quinientos francos al año.

¡Ah! Bonita tienda, con sus claros espejos y su piso reluciente así como la anaquelaría donde se alineaban

lámparas minúsculas de formas y colores de tulipanes, de azucenas y de granadas; y detrás del mostrador, con una cofia negra y largos bucles á la inglesa como los que llevaban las damas en los buenos tiempos de Lamartine y de Ledru-Rollin, la vieja mamá invariablemente empapada en una novela de gabinete de lectura. ¡Cuántas veces me he detenido en la acera á contemplar con envidia aquel brillante y pacífico interior cuando yo soñaba con establecerme en pleno París como comerciante de felicidad! Han leído ustedes bien: comerciante de felicidad. Hubo un tiempo en que me vino en fantasía adoptar esa profesión extraordinaria, poner mi experiencia de la vida y del dolor al servicio de una multitud de desgraciados que no saben discernir lo que hay de bueno, lo que se puede aún extraer de agradable de la existencia menos favorecida. Para la expención de esa mercancía rara y preciosa el almacén de la viuda de Eudeline me parecía el cuadro ideal, en punto á dulzura, silencio, limpieza y serenidad.

Pero hubiera cambiado probablemente de opinión si, oculto en un rinconcito, hubiera asistido en una tarde de Abril de 1887 á la vuelta de la señorita Dina de la oficina central de la calle de Grenelle, trayendo una de esas hambres desordenadas que ahuecan los estómagos de diez y ocho años á la proximidad de las horas de comer, y sin encontrar en la casa nada dispuesto, ni siquiera la mesa preparada. Sí; al vendedor de felicidad le hubiera faltado aquella tarde la calma necesaria para sus consultas, al oír el estrépito inusitado que hacía temblar el biombo de cristales que separaba el almacén de las piezas interiores.

Aquellas piezas eran un comedor, ocupado en parte

por una mesa redonda cubierta de hule y por una escalera de madera, verdadera escala de molino, que conducía al cuarto de Raimundo. Debajo de la escalera un cuartito sin luz agujereado por el tubo de un fogón servía de cocina y completaba la miseria, la desnudez de aquel revés de la portada que se llama trastienda. Enfrente y detrás de un alto biombo, la cama en que la viuda de Eudeline dormía con su hija, ostentando en su cabecera una Virgen de escayola, un gran rosario, un ramo de romero bendito y todo un muestrario de imágenes piadosas en las que la joven tenía la fe más viva, sin que sin embargo encontrase en ellas el menor remedio contra las locas rabieta que la acometían con frecuencia. Todo aquel fondo daba á un patio plantado de tilos achaparrados, y en uno de sus rincones estaba el sotechado del comerciante de marcos vecino de las señoras de Eudeline. Con frecuencia Dina entraba por aquel patio cuando volvía de la oficina y esta fué la causa aquel día de su mal humor.

Al pasar por delante del almacén, con su saco de percal negro en la mano, alta la cabeza y el velo bien ajustado, había visto á su madre aprovechando los últimos destellos del día que amarilleaban en el escaparate, no en leer las *Horas de prisión de Mme Lafarge* ó las *Memorias de Alejandro Andrienne*, sus libros predilectos, sino en remendar el chaleco de un traje Luis XV sembrado de flores de plata. El perfil ensimismado de la anciana y la prisa febril de sus manos arrugadas produjeron en la joven un movimiento de despecho, exasperado por la vista de la mesa desnuda y del fogón sin fuego. En el momento mismo el biombo fué rechazado contra la pared, y los guantes, el sombrero y el velo

volaron por encima de la cama. Se oyó el ruido de cajones abiertos y cerrados rabiosamente, el estrépito de las tenazas en el frío metal del hornillo, y como acompañamiento de esa gesticulación frenética había que ver aquella cara rubita de facciones delicadas deshacerse en gestos y aquellas cejas sedosas unirse en dos arrugas profundas sobre los bonitos ojos color de amatista.

« ¡ Su padre!... ¡ Su pobre padre!... » pensaba en voz alta la viuda, de pie en el hueco de la puerta vidriera y mirando á su hija con tristeza. La muchacha le traía á la memoria aquel terrible y llorado marido cuyas violencias y cuyos gritos de hacía diez años estaban aún en sus oídos como estallidos de cobre y ante su vista como destellos de una llama roja... ¡ Y, sin embargo, tan bueno, tan tierno con todos los suyos! Como esta Dina; ¿ cómo encontrar una niña más perfecta y que mejor cumpliera con todos sus deberes? Desde que el señor Izoard la colocó en Correos y Telégrafos — ¡ y pensar que se habían indispuesto con el bueno de Izoard y con la excelente y delicada Genoveva! — no había recibido más que felicitaciones de sus jefes. Se la citaba como ejemplo en su sección y en menos de seis meses había pasado al servicio de París, con los aparatos Morse, tan difíciles de manejar. ¿ Cómo una criatura tan perfecta, prudente y piadosa podía entregarse á aquellas cóleras diabólicas?

— Pero mamá, gruñó el lindo diablillo, ¿ por qué me miras con esos ojos tan tristes y tratas de esconder tus oropeles de teatro, como si yo no viera que estabas cosiendo los botones para tu señor hijo?... Hace quince días te estoy pidiendo que me compongas mi saco, en

el que meto el almuerzo y los polvos de arroz, y que es bastante más útil á la casa que ese chaleco de ópera cómica...

La madre trató dulcemente de aventurar algunas palabras.

— Pero, hija mía, bien sabes que Raimundo...

— Baila el minué disfrazado en el ministerio de Negocios Extranjeros...

Dina se deformaba los labios á cada palabra para darla un énfasis ridículo:

— Hace mucho tiempo que nos están fastidiando con ese minué de las marquesas y de los pastores, arreglado y puesto en escena por el señor Dorante, de la Academia nacional de música... ¿Quieres que te le cante?... No, espera, te le voy á bailar... Tra-la-la... tra-la-la...

Y daba los pasos frenética, furiosa, pero tan cómica, que de pronto, su cólera disipada, se echó á reír de sí misma, vencida por el compás.

— Me muero de hambre, como comprenderás, cuando vuelvo de la oficina, continuó completamente dulcificada. Antes, encontraba mi cubierto puesto y una taza de caldo para esperar la hora de comer, pero desde que Raimundo aspira á la presidencia de la Asociación y recibe visitas en su sobrado, se enciende el fuego muy tarde para que no dé olor... Con tal de que el mayor tenga todas las comodidades, que se le lleve el chocolate á la cama y baile el minué en los ministerios... yo me puedo arreglar como quiera.

La viuda de Eudeline se serenó viendo el fin de aquella tempestad.

— Como si no fueras tú la primera en alegrarte por sus éxitos... No te las echas de terrible.

— No soy terrible, sino menos ciega que tú y que Antonín.

Al abrir el aparador, acababa de encontrar unos restos de estofado en su gelatina, obra maestra de la madre, y, ya comiendo, se encontró en ese estado pacífico é indulgente al que no resisten los más ásperos. Raimundo apareció entonces. Durante la borrasca había entreabierto dos ó tres veces la puerta de su cuarto y la había vuelto á cerrar otras tantas á la vista de los relámpagos. Por fin, una vez que la voz de Dina recobró su timbre natural, un lindo marqués Luis XV, cabeza empolvada, zapatos de hebillas y chorreras bullonadas hasta el calzón corto de seda verde, Raimundo Eudeline con cuatro años más que en el otoño de Morangis, apareció en lo alto de la escalera y la bajó lentamente rozando la barandilla de madera con los vuelillos de las mangas.

— ¡Calla! Ahí está la pequeña... dijo fingiendo sorpresa.

— Bien has debido oirme, porque he hecho bastante ruido.

Y volviéndose vivamente hacia su madre añadió en un rasgo de admiración fingida:

— ¡Pero qué bonito está tu preferido!...

Para evitar una nueva cuestión Raimundo se apresuró á preguntar si había venido algún recado del Nerissan.

— No, no ha venido nadie, dijo la madre. Pero ya sabes lo que te he dicho; si vienen no subirán á tu cuarto; podrías dejarte coger por los ofrecimientos de ese hombre... No es cosa de que te vayas á la Indo-China...

— ¡Jamás! dijo Dina con convicción.

Raimundo las miraba á las dos con un aire de duda

que sentaba bien á sus ojos un poco cansados, á sus facciones indecisas, ocultas en el esplendor de una tez embellecida por los polvos.

— Digáis lo que queráis, creo que hago mal en rehusar. No era gran cosa para empezar el cargo de secretario íntimo del gobernador y preceptor de sus hijos; pero estoy seguro de que, sabiendo arreglármelas, hubiera alcanzado en pocos meses una buena posición, mientras que en París no logro nada. El derecho no acaba nunca y aunque fuese nombrado para algún puesto de importancia, no podría ayudaros. Es mejor que me vaya, creedme.

La señora de Eudeline hizo un ademán desesperado.

— ¿Puedes pensar en semejante cosa? Ese país de Annam no es más que un gran pantano... Si pescases una insolación ó una enfermedad del hígado, ¿qué iba á ser de nosotras?

— Ahí tenéis á Antonín.

— ¡Quieres callarte! En primer lugar, no tienes derecho para marcharte... Recuerda las palabras de tu padre, que el señor Izoard te ha repetido tan á menudo, — ¡ojalá estuviese aquí, ese querido amigo, para repetírtelas! — « Raimundo será el cabeza de familia, el sostén de la casa. Es preciso que acepte todas las cargas ». ¿Puede expatriarse un jefe de familia?

— Pero ¿y si no hay otro medio de ganar el pan de esa familia?

Y el joven añadió mirando á su hermana de reojo y con un estremecimiento en los labios:

— Estoy seguro de que Dina piensa como yo.

— Pues te equivocas completamente, respondió la muchacha indignada. Su hermano la hubiera sorpren-

dido mucho si la hubiera repetido lo que la oyó decir un momento antes.

Se contentó con sonreír, y cogiendo de manos de su madre el hermoso chaleco Luis XV guarnecido de minúsculas guirnaldas, la pagó su trabajo con un beso.

Si hay seres que por sequedad ó por torpe timidez no tienen el don de la caricia, hay otros por el contrario, los privilegiados como Raimundo, que poseen ese sentimiento y esa seducción.

— ¡ Ah! zalamero, murmuró la viuda, toda emocionada por aquel ligero roce de un bigote rubio en sus bucles ingleses.

Pero la puerta del almacén acababa de abrirse con un violento campanillazo y ambas mujeres tuvieron el mismo pensamiento: « Alguien que viene de parte de Nerissan ». Dina empujó en seguida á Raimundo hacia la escalera y la viuda se precipitó hacia el almacén para impedir la entrada al enemigo.

Apenas entró en la tienda, se detuvo estupefacta y gritó con la voz cambiada:

— ¡ Dina! ¡ Raimundo! pronto... pronto....

Después corrió hacia adelante y durante algunos minutos, delante del mostrador en el que estaban sus anteojos al lado de los libros consabidos, hubo una mezcla de abrazos y de exclamaciones. De los brazos de un viejecillo de cabeza recta, pelo corto y barba interminable enteramente blanca, la viuda de Eudeline pasaba á los de una hermosa joven de mirada franca y bondadosa. Después se escapó y gritó hacia el fondo de la casa:

— Però venid, hijos míos.... Es el señor Izoard... Es Genoveva.

Pronto iba á hacer dos años que no se habían visto y que se estaban ingeniando para no verse viviendo no lejos los unos de los otros; los Eudeline en la calle de *Seine* y los Izoard en el Congreso de los Diputados. ¿Cuál había sido el motivo de la ruptura? ¿Cuál su causa aparente? Una discusión política entre Raimundo y el taquígrafo, á consecuencia de la cual Genoveva se había ido á pasar unos meses con su amiga Sofia Castagnozoff que vivía en Inglaterra ejerciendo la medicina. Después acometida de un feroz *spleen*, tuvo que volver á París precipitadamente. Á poco de su llegada, hablando un día con su padre de los Eudeline, dijo de pronto:

— Vamos á verles.

— Has tenido una buena idea, *tiita*.

Dina entró cuando estaban contando esto y se echó al cuello de Genoveva, á la que encontró hermosa como siempre pero con las mejillas y los ojos un poco hundidos. Las dos jóvenes se miraron sonriendo, con muchas ganas de llorar, mientras que el viejo ahuecaba la voz para echárselas de fuerte.

— Genoveva asegura que era yo el que no tenía razón... por eso vengo el primero.

La viuda enjugaba insistentemente los cristales de sus anteojos.

— Yo no he comprendido jamás el motivo de este enfado.

Izoard se echó á reír.

— Pues yo no mucho.

— Pues ¿y yo? añadió Dina. Solamente recuerdo que fué un domingo, en el almacén, cuando se echaron los trastos á rodar... Esos señores hablaban de Gambetta, de la República, y la conversación se

enredó.... ¿Sabes tú, *tiita*, por qué nos enfadamos?

La *tiita* conservaba una sonrisa contraída y el viejo Izoard creyó expresar la idea de su hija diciendo:

— Sea lo que quiera, los enfados sin razón son los más peligrosos, como esas enfermedades vagas cuyo nombre ignoran los médicos; me alegro mucho, pues, de que mi hija haya vuelto de Londres expresamente para curarnos.... Yo soy el que ha pasado una triste temporada solo en París, y para remate ese montón de horrores que veía crecer cada día en el Congreso.... La República ahogada en el oro y en el fango;... pero no hablemos de esto. ¿Qué habéis hecho vosotros? ¿Cómo van esas lámparas? ¿Tonín, está como siempre en casa de su electricista? ¿Y Raimundo, va á terminar pronto la carrera? ¿Está contento?

— ¡Oh! muy contento, se apresuró á responder la madre.... Va usted á verle, ahí está, ahora baja. ¿Le has llamado, Dina?

Genoveva dijo con aire de indiferencia:

— No le molesten ustedes.

Dina respondió con violencia:

— ¡Molestarle! Está como nosotros, encantado de volver á ver á ustedes.

Aquella tardanza de Raimundo, sin embargo, empezaba á ser molesta. Le estaban esperando sin decir ya nada, cuando el viejo, viendo en el mostrador el gran librote verde del gabinete de lectura, hizo un ademán de placer.

— Veo, querida amiga, que es usted fiel á las historias de nuestro tiempo.

— ¿Verdad, señor Izoard, que hay verdadera poesía en esas *Horas de prisión*?

— ¡Y qué injusto el destino de esa mujer!

— ¡Ah! señor Izoard....

— ¡Ah! señora Eudeline....

Dina y Genoveva se miraron riendo, vueltas á su ser por aquellas palabras y aquellas entonaciones conocidas, por aquel estribillo obligado de toda conversación entre los dos supervivientes de una generación lejana y sentimental, como el eco de una antigua canción que vuelve á la memoria. Pero la vidriera del fondo se abrió de par en par para dar paso á un joven marqués resplandeciente de seda, al que Genoveva y su padre no reconocieron al pronto en aquella luz crepuscular.

— ¡Toma! Es Raimundo... exclamó al fin Izoard tendiéndole los brazos. ¿Pero se disfraza uno ahora para recibir á los antiguos amigos?

La viuda de Eudeline se apresuró á contar que su hijo iba á bailar el minué aquella noche en los Negocios Extranjeros, y comía en el ministerio, con aquel traje, con toda la cuadrilla del minué.

— ¡Por vida de!... dijo el marsellés, cuyas espesas cejas se retorcian en mechones. Tengo mala suerte.... Yo que venía á llevaros á todos á la *Torre de Plata*.

Viendo la actitud embarazada de Genoveva y de Raimundo, alejados el uno del otro, dijo á su hija en tono regañón:

— Abrázale, pues.... Aunque se vista de marqués y coma en los ministerios, siempre es nuestro Raimundo.

Por fortuna empezaba á estar oscuro el almacén, en el que no quedaban sino algunos reflejos de sol en lo alto de los escaparates. Sólo Raimundo hubiera podido ver qué pálida estaba y cómo temblaba Genoveva; pero

no lo observó, metido ya, como estaba, en la corriente de la diversión de aquella noche, con esa vehemencia de la juventud, que goza de todo por adelantado. ¡Ah! ¡Qué lejos estaba, el inocente, aquel primer beso bajo los ramajes de Morangis!

— ¿Entonces comes en casa de los de Valfón? dijo Izoard como si adivinase el pensamiento del joven. Allí encontrarás á la hermosa Marqués de tu liceo, que ya era ministra en aquel tiempo, pero no de Negocios Extranjeros.... La conocí en Burdeos, donde era yo profesor de retórica hace veinte años,... profesor libre, por supuesto. El marido de esa señora, en aquella época de fin del imperio, era el armador más rico de Burdeos, un judío portugués. Valfón padre, el célebre actor, daba representaciones en el Gran Teatro y el hijo dirigía un periodiquillo de escándalo, el *Galoubet*, y como era terrible jugador, pasaba por devorar á dos carrillos las economías de la señora Marqués, de la que veinte años después fué segundo marido para instalarla en el ministerio de Negocios Extranjeros bajo el nombre miserable de señora de Valfón. ¡Vaya una ensalada!

Con su ancha mano puesta en el hombro de Raimundo le preguntó familiarmente:

— ¿Es por la madre ó por la hija por la que te pones esos relumbrones?

— No sabía yo que los Valfón tuvieran una hija, dijo con voz alterada Genoveva.

— Una hija del primer matrimonio, así como el muchacho, Wilkie, el antiguo condiscípulo de Raimundo. Florencia Marqués es prometida, según parece, del hijo del riquísimo fabricante de seda y senador de Lyon Tony Jacquand.

— ¡ Qué bien enterado está el señor Izoard ! dijo Raimundo riendo.

— Cuestión de vecindad, amigo mío. El Cuerpo Legislativo y los Negocios Extranjeros están tabique por medio, y nos miramos mutuamente por encima de las paredes. Además, después de quince años de taquigrafía en el Congreso puedes pensar si conozco á todo el personal parlamentario y sobre todo al personal que se llama republicano, sobre el cual no puedo hacerme ilusiones.... Buenas cosas he sabido desde que no nos vemos....

Y recorría á grandes pasos el almacén con ademanes de cólera. Sí, decía, conozco á los diputados. Puedo citar alguna conciencia de legislador digna de llevar el haz de paja que indica el campo donde hay de venta un caballo... Ahora, el Congreso está abierto para los traficantes. Se ven corretear por los pasillos y hasta por las puertas de las comisiones esas narices escudriñadoras, esos anteojos de cristales ahumados, que ocultan las miradas, esas carteras de agentes de negocios que pululan en el peristilo de la Bolsa y en los cafés de los alrededores del Palacio de Justicia... Y los vigilantes dejan hacer... El tío Simeón, el antiguo coronel de Gendarmes, encargado de la policía del Congreso, tolera todas esas infamias... ¿ Cómo no ? Su sobrino, el antiguo pretendiente de Genoveva, el hombre de los perros de carrera, ejerce desvergonzadamente el corretaje de los diputados y gana buenas sumas en ese infame oficio. ¡ Ah ! ¡ Qué escándalo ! Y el ejemplo viene de lo alto. Ese Valfón, ministro de Negocios Extranjeros, todo París sabe, todo París puede decir, pocos miles de francos más ó menos, la cantidad de sus deudas y la suma

que tendrá que entregarle el prometido de su hijastra, so pena de que se descomponga el matrimonio... ¡ Oh ! sí, buena podredumbre está el ministro en cuya casa va este muchacho á bailar el minué...

— Déjele usted que baile, señor Izoard, interrumpió Dina, espantada al ver surgir aquella asquerosa política, que ya les había hecho enfadarse... Nosotros nos divertiremos más que él, usted verá.

Todo lo que ella proponía era pasar la velada con un brazo sobre el robusto del señor Izoard y el otro enlazado al talle de la *titta*. En lugar de comer en la *Torre de Plata*, que se quedaría para cuando estuvieran todos juntos, iría á encargarse en casa de Melano, el fondista de la calle de Mazarino, una sopa de *ravioli*, un arroz á la milanesa y un estofado italiano. Precisamente aquella noche no estaba ella de servicio. En cuanto viniera Antonín, cerrarían la tienda y pondrían allí la mesa... ¡ Ah ! qué buen programa... Á la primera palabra de *ravioli* los ojos del taquígrafo, ferviente admirador de Garibaldi y de la cocina italiana, brillaron bajo sus espesas cejas.

— Convenido, hijita ; vete á encargarse todo eso.

— ¿ Quieres que te acompañe ? preguntó Genoveva á Dina.

La muchacha, que se estaba poniendo el sombrero en la trastienda, se volvió y dijo muy bajo, mostrando á Raimundo que las había seguido:

— No, quédate con él y hablad un poco antes de que se vaya.

Genoveva no respondió ni pareció comprender.

Los dos jóvenes, solos en la habitación, se aproximaron instintivamente á la ventana, como si tuvieran miedo de la oscuridad y, con la frente en los vidrios,

miraron cómo la noche invadía el patio y cómo el suelo se ensombrecía mientras que sobre el cobertizo relucían los dorados de los marcos parecidos á esos rayos del sol poniente posados en lo alto del tejado y en las ramas de los tilos.

— Dame la mano, Genoveva.

Sin responder á Raimundo y sin mirarle, la joven le tendió la mano, que él cogió entre las suyas.

— ¡ Qué fría está, dijo, y cómo tiembla! ¿ Es cierto, entonces, que me tienes miedo?

Ella, muy conmovida:

— No, te lo aseguro.

— Sí, te infundo temor. Piensas todavía en aquella horrible escena, arriba, en mi cuarto... Estuve brutal, indigno... ¡ Y no te has quejado á nadie, pobre *titta*! Olvida, te lo suplico, aquel horrible momento... Lo que entonces me sucedió no volverá á ocurrir. Tú no eres, no puedes ser para mí más que una amiga, una hermana...

En los labios de la joven se dibujaba una sonrisa amarga y triste.

— ¿ No me crees, Genoveva?... ¡ Oh! bien veo que no. Escucha pues.

Y menos por convencerla que por esa necesidad que tienen los jóvenes de contar sus éxitos, sobre todo á una mujer bonita por largo tiempo deseada, Raimundo la relató sus conquistas amorosas en el gran mundo, en el mundo oficial, aquel en que iba á bailar aquella noche. Ahora conocía la verdadera pasión y sabía qué poco se parece á aquel frenesí de la juventud que le había enloquecido un día hasta asustar á su *titta*, hasta hacerla alejarse enfadada por largos meses... ¡ y qué enfadada!

Á medida que hablaba, la mano de Genoveva se ponía fría y pesada entre las suyas hasta escapársele por su propio peso; pero él no lo observó como no vió tampoco en la creciente oscuridad la expresión de ironía y de dolor de aquella cara adorable tan inútilmente inclinada hacia él y al alcance de su boca. Se puso á detallar los más pequeños episodios de su novela, las primeras frases cambiadas con su dama, una noche, en la ópera, en el palco ministerial al que le había llevado la Marqués, y su mayor ó menor atrevimiento para ofrecer el brazo ó presentar un ramo. Para terminar preguntó:

— Vamos á ver, *titta*, ¿ crees que me ama verdaderamente?

Como á todos los de su edad le angustiaba el miedo de no ser tomado en serio y, sobre todo, la dificultad de recibir en su cuarto á aquella hermosa persona que dos ó tres veces había expresado el deseo de verle en su casa, en su mesa de trabajo. Era imposible recibir á nadie y menos á una mujer de alta sociedad, en la calle de *Seine*, en su humilde chiribitil y en presencia de su madre y de su hermana. ¡ Oh! No hay nada más abominable que la miseria en familia!... ¡ Cuándo podría escaparse de allí, Dios mío! ¡ Y decir que á los veintidós años, después de haber trabajado como un negro y de haber gastado litros de tinta, no ganaba para pagar un cuartito de soltero! Porque eso era lo que le hacía falta — la *titta* que era mujer, debía comprenderlo bien — y alfombras y un piano, pues la señora de Marqués era una cantante afamada en todos los salones de París por su admirable voz de contralto.

Hacia mucho tiempo que la ceniza de la noche había apagado todos los fuegos del patio, donde no quedaba ni

un hilo de claridad. De repente un chorro de luz blanca atravesó las vidrieras; era la electricidad que la viuda Eudeline acababa de abrir en el almacén, tan de improviso, que Genoveva no tuvo tiempo de enjugar las lágrimas que quemaban sus mejillas. Raimundo se quedó sorprendido al ver aquella cara de desolación, tanto como ella al encontrarle en aquel traje resplandeciente del que ya no se acordaba. Con un ademán que el señor marqués había debido ensayar con frecuencia y de una elegancia un poco canallesca, sacó del calzón de seda un enorme cronómetro de oro esmaltado, única herencia de su padre, y dijo bruscamente:

— ¿Qué hora es? Debe ser tarde para mí.

— ¡Vete, entonces! respondió Genoveva crispada.

Se oyó en el patio el ruido de un coche que Dina traía para su hermano, cuyo traje hubiera de otro modo revolucionado todas las tiendas de la calle. Mientras él subía á buscar su tricornio galoneado de oro y su largo bastón, Dina dijo al oído de la *tiita*:

— Haces mal de llorar; no encontrará otra tan bonita como tú.

Y al mismo tiempo llamó á los dos antiguos amigos que estaban atizando sus recuerdos: « ¡Eh! señor Izoard; mamá!...

— ¿Qué, vamos á embarcar á monseñor?

La partida fué melancólica; aquel patio miserable, el brillo de las hebillas de plata en el estribo de un coche de alquiler, las mangas de encaje haciendo ademanes de despedida por la portezuela...

— Parece que estamos representando la *Berlina del emigrado*, dijo Izoard, furioso por aquel inoportuno minué.

Una vez que Raimundo desapareció, no duró mucho la tristeza, sin embargo. Hubo que poner la mesa y que encender el hornillo y la gran lámpara azul, pues en casa del electricista no se usaba más que el alumbrado de aceite; y luego la llegada triunfal de los *ravioli*, que al hervir al baño de maría embalsamaron toda la casa de un olor salpimentado y apetitoso. Cuando el hermano pequeño llegó como todas las noches á cerrar el almacén de su madre, el aspecto de aquel mantel brillante rodeado de tanta gente de buen apetito y de excelente humor, y sobre todo, la presencia inesperada de Izoard y de Genoveva, dieron á los ojos sin pestañas, siempre algo tiernos, del hijo menor, una expresión de asombro tan extraordinaria que todo el mundo se echó á reír.

En cuatro años se había acentuado más y más la distancia entre los dos hermanos. Antonín era en su lenguaje y en sus maneras el capataz cuya fisonomía se contrae algunas veces con una arruga de inquietud y de responsabilidad, y apenas hubiera parecido el criado de la brillante persona que acababa de alejarse en un coche. Su condición era siempre la misma é igual su dificultad para expresarse.

— ¿Pero acabarás de hacer ruido con las puertas y con las luces?

Así decía la hueca voz del marsellés regañando alegremente á Tonín, que estaba cerrando la tienda.

— Como baje otra vez á la sopera no vas á encontrar más que la cola de un *ravioli*.

Aquella noche, en efecto, el chico tenía una lentitud y una torpeza extraordinarias. Daba golpes con estrépito en las puertas y hacía sonar los hierros de cerrar

el almacén. En la mesa aún fué peor. Por miedo de se-
tropear el mantel apenas si acercaba la cuchara ni el
vaso á la boca, de tal modo temblaba. Y cuando le ha-
blaban ¡qué esfuerzos para responder!

La *tiita* estaba alarmada.

— ¿Qué le pasa á Tonín? ¿Está malo?

La viuda de Eudeline protestó indignada: ¡Tonín en-
fermo! Tendría que ver. El muchacho creyó que debía
apoyar la afirmación de su madre.

— ¡Oh! no, jamás, *tiita*... Solamente que la sorpresa
de encontraros aquí... Después de tanto tiempo... en
fin... el... el... ¿verdad?

Y fué todo lo que pudo decir en la velada, de tal modo
la emoción le cerraba la boca. Cuando Izoard quiso
saber noticias del taller y si su principal estaba con-
tento, Dina tuvo que hablar por su hermano y lo hizo
con una abundancia y un ardor que á Tonín no le hu-
biera jamás permitido su timidez.

— ¿Que si está contento el principal? Hace mucho
tiempo que Tonín, además de su sueldo, tiene un inter-
rés en la casa de París y un pequeño laboratorio aparte
para sus experimentos y sus ensayos... Cuando está en
él, nadie se atreve á molestarle, ni el mismo Cornat; y
es que han salido ya invenciones de ese laboratorio...
Y siempre de un modo imprevisto... por milagro. Si le
contase á usted, señor Izoard, á usted que no le gustan
los milagros, cómo inventó su lámpara, la lamparita
maravillosa á la que debemos el estar juntos. Figúrese
usted que un día en un cajón viejo, un resto de em-
balaje, quedaba un montón de hierbas secas que él se
entretuvo en quemar... Precisamente aquella mañana
había yo rezado una Salve...

— ¿Pero crees todavía en esos amuletos, pequeña
idólatra? dijo el veterano del 48.

— Más que nunca, porque siempre que rezo...

El buen hombre se volvió impaciente hacia la
viuda.

— Entonces, ¿vende usted muchas lamparitas?

— Muchas, amigo mío... Siento no haber dejado á
Dina conmigo, porque me voy á ver obligada á tomar
una persona... lo que no es una gran desgracia. Otra
cosa es la que me inquieta. Para la fabricación de ese
hilo de carbono — ¡qué orgullosa se ponía al pronun-
ciar esas palabras técnicas! — es indispensable la pre-
sencia de Tonín en el taller, y dentro de algún tiempo
tendrá que ir á ser soldado. El señor Cornat vino el otro
día á hablar conmigo de lo que habrá de hacerse

— Lo mismo que con Raimundo, exclamó la pequeña
con aturdimiento. La madre se encogió de hombros.

— Comprende, hija mía, que hemos tenido para Rai-
mundo facilidades á las cuales no puede aspirar su her-
mano. Raimundo es hijo mayor de viuda y sostén de su
familia.

Y de modo tan reverente subrayaba « sostén de fa-
milia » y tal dilatación respetuosa tomaban sus pupilas,
que no parecía sino que se trataba de alguna alta ma-
gistratura. Dina se permitió insistir. También Tonín
sostenía á la familia y más efectivamente que su her-
mano. Ya lo echarían de ver cuando él se marchase.

La madre y el muchacho exclamaron con un mismo
impulso:

— ¡Oh! Dina...

Izoard, absorbido por su arroz á la milanesa, levantó
la cabeza.

— Pero, en resumen, ¿qué hace Raimundo? Me parece que pierde algo el tiempo.

— No diga usted eso, señor Izoard, exclamó la madre indignada... Si ha perdido algún tiempo no ha sido por culpa, sino por nosotras. Para tener una posición seria y sólida, se presentó á la Normal, lo que le obligó á redoblar sus estudios y á permanecer hasta los veinte años en el liceo. Si no le admitieron en la Escuela no fué porque no lo mereciera, sino porque las ideas filosóficas de un examinador no cuadraban bien con las suyas. Bien lo dijo todo el mundo. El muchacho quería volverse á presentar, pero entonces su amigo Marqués le demostró que era mejor estudiar derecho para entrar en seguida en los Negocios Extranjeros, donde le garantizaba un buen sueldo y un porvenir mucho mejor que en la Escuela normal. El pobre está, pues, con el derecho dale que dale y dentro de unos meses será licenciado. Pero, aquí, entre nosotros, creo que le vamos á ver presidente de la A.

— ¿Presidente de la A?

Las espesas cejas del taquígrafo tomaron la forma de dos interrogaciones.

— Sí, de la Asociación de los estudiantes de París... Es ya individuo del comité y tiene todas las probabilidades de ser nombrado en las elecciones del mes próximo.

— ¿Y qué le producirá esa plaza?

La viuda respondió, no sin orgullo, que ese puesto era honorífico y Dina añadió riendo:

— Siempre pasa lo mismo... Las plazas que ofrecen á Raimundo son soberbias... pero sin sueldo.

Antonín quiso protestar, pero como las palabras no le salían, tuvo la madre que expresarse por él. En primer

lugar esa presidencia de la A ofrecía grandes ventajas. El que la ejercía era recibido en los ministerios, en el Eliseo, é iba á representar la Francia en el extranjero, con grandes estandartes y cintas en el pecho. Marqués, el amigo de Raimundo, que fué el año pasado presidente de la A, había recibido la visita de un gran duque. Por otra parte todas las posiciones que se ofrecían á su hijo eran de ese género. El día antes, sin ir más lejos, el señor Nerissan había venido á proponerle...

Izoard dió un salto en la silla.

— ¿Nerissan? Ese á quien han improvisado gobernador de la Indo-China?... ¡Otra buena pieza! ¿Y quería llevar á Raimundo como secretario?

— No lo he consentido, como usted puede figurarse, dijo la viuda de Eudeline. Raimundo no tiene derecho para dejarnos; pero, en fin, ahí está la prueba de que si él quisiera... Lo que le hacía falta es un alojamiento más presentable... Si en vez de ese camaranchón — y enseñaba la escalera — pudiese recibir en un buen cuarto...

— Va á tener uno, mamá.

Todo el mundo se volvió hacia Antonín que acababa al fin, de hablar y ya no se detenía, como esos relojes antiguos y polvorientos que después de mil rozaduras y movimientos falsos, empiezan á sonar y no acaban. Sí, un bonito cuarto en el tercero... un mobiliario nuevo, con alfombras y cortinas magníficas de tela de Génova, una verdadera ocasión... Pero todo eso no estaría preparado hasta dentro de unos días; hasta entonces, chitón...

— ¡Ven á darme un beso: eres muy bueno...

Y mientras le ofrecía sus bucles, la viuda, transportada de gozo, preguntó:

— ¿Pero cómo te has arreglado? ¿Tienes economías?
 — ¡Ya lo creo! dijo el chico con aire de triunfo. Y el mejor modo de colocar mis fondos es... en fin... ¿verdad? es... proporcionar á Raimundo el... el... los útiles que necesita.

El taquígrafo se volvió hacia la anciana.

— Habla bien este muchacho cuando se toma ese trabajo, pero lo que hace vale más aún que lo que dice... Así pues, créame usted, esa cuestión del servicio militar es de las más importantes. El chico le es á usted indispensable. Este es el momento de ir á ver á Marcos Javel; por una casualidad no es ministro en este momento, pero lo será muy pronto... ¿Hace mucho tiempo que no le han visto ustedes?

— ¡Oh! mucho... Sé que he hecho mal; la pequeña me lo dice con frecuencia, pero esos hombres del gobierno me dan miedo. Los ministerios á donde hay que ir á verlos tienen tantos criados, tantos empleados y unos techos tan altos y tan dorados, que se impresiona una antes de entrar. Sobre todo Javel; cuando estoy en su presencia me siento embrutecida y como sorda. Su misma finura, su manera de tratar á la gente, de dar la mano, de decir aquellas frases que fastidian... En fin, jamás da nada y parece que le colma á una de favores.

Pero Izoard insistió:

En efecto, empiezo á creer, mi querida amiga, que Javel, como tantos otros republicanos de estos tiempos, no es más que un mímico diestro, un prestidigitador ventrílocuo que seduce á sus electores con gestos y con frases. Pero no importa; aún vale más que ese frasante de Valfón y, además, ha contraído una deuda sagrada con estos muchachos y es preciso que la pague.

El nombre de Marcos Javel, con los siniestros recuerdos que evocaba, hizo descender una corriente de aire glacial sobre el fin de la comida. Acababan los postres cuando el ruido de un coche que se paraba, unos violentos golpes en la puerta y la voz de Raimundo hicieron levantarse á todo el mundo.

— Vaya una aventura, exclamó el hermano mayor precipitándose entre ellos sin nada en la cabeza, la empolvada coleta de medio lado y el abrigo calado y crujiente de nieve, sin más que por haber atravesado la acera.

La madre se quedó asustada.

— Pero, ¿está nevando?... Hacía tan buen tiempo hace un momento...

El veterano del 48 gruñó:

— La primavera de ahora;... tan fría como el invierno y mucho más caprichosa.

Raimundo explicó por fin que se acababa de saber en el ministerio que Elena Molin de l'Huys, una de las pastoras del minué, se había torcido un pie al bajar la escalinata de su hotel... Su madre había creído que Petersen, el *masseur* suizo, podría conseguir que la joven pudiese ir á bailar á pesar de todo, pero había tenido que renunciar á toda esperanza de alivio inmediato, y la señora de Molin de l'Huys había anunciado á última hora en un telegrama desolado que la señorita Elena tenía para ocho días de cama, y enviado el traje y los accesorios por si se podía reemplazar á la joven pastora.

— ¿Y tenéis alguien? dijo Dina con ingenuidad.

— Sí, respondió su hermano; tú misma.

— ¡Te burlas!

— No es á mí á quien se le ha ocurrido esa idea, sino á la señora de Valfón que sabe que á fuerza de ensayar mélo, bailas el minué mejor que yo : « Métase usted pronto en un coche y vaya á buscar á su hermana... » Y para colmo de suerte tienes la misma estatura que la señorita Elená ; aquí tienes el tocado y el traje ;... vístete en seguida.

Dina frunció las finas cejas é interrogó por fórmula á su madre.

— ¿ Qué te parece, mamá ?

La madre, también por fórmula á causa de los presentes, creyó que debía objetar :

— ¿ Y tu oficina, mañana por la mañana ? Después de una velada tan larga...

Por poco monta en cólera la pequeña... ¡ La oficina ! ¡ Vaya una razón ! ¿ Y cuando se estaba en ella hasta las tres ó las cuatro de la mañana para copiar la prosa del gobierno, informes, discursos ? Eso era ciertamente más fatigoso y no tan alegre... No, lo que la contrariaba era abandonar á sus amigos en vez de pasar juntos la velada.

— ¿ Quieres callarte, mi querida gestera ?, dijo jovialmente Genoveva, á quien la vuelta de Raimundo parecía haber sacado de un sueño letárgico.... ¿ Dónde está ese traje ? Entre la señora Eudeline y yo vamos á convertir esta pequeña telegrafista en una pastorcita adorable.

En tres veces y con grandes precauciones el traje, el calzado y los accesorios fueron llevados á la trastienda y extendidos en la cama, que se iluminó de colores brillantes. Después rogaron á los hombres que se estuviesen en el almacén ; arrimaron el biombo á los cristales, al modo de cortina, y arreglaron rápidamente el tocado de

la muchacha entre risas, carreras y llamadas por la puerta entreabierta.

— Raimundo, dame los polvos de arroz.

— Tonín, vete á casa del peluquero.

— Estará cerrada la tienda.

— Pues que abra ; no tenemos colorete.

Y cuando las señoras estaban calladas cinco minutos, el almacén se agitaba á su vez y se impacientaba.

— ¡ Vamos ! Despachad ; las diez están dando en San Sulpicio....

Decididamente, para un establecimiento de comerciante de felicidad, suponiendo que la palabra felicidad signifique calma y quietud, el almacén de la *Lámpara maravillosa* no me hubiera servido aquella noche.

Por fin el biombo se separó respetuosamente y se vió adelantarse á menudos pasos una pastora Pompadour vestida de claras y rameadas telas, falda corta, cuerpo de escote cuadrado, en la mano una cayada de lazos flotantes y en la cabeza dos gruesas trenzas empolvadas y un florido sombrerillo que completaba la gracia del conjunto. Pero lo maravilloso era el brillo de aquella tez y aquel corpiño indiscreto sobre un cutis idealmente rubio y nacarado en el que brillaban dos pequeñísimos relicarios de oro colgados de un imperceptible hilo de perlas.

— No ha querido ponerse otras alhajas, dijo en tono de regaño la viuda de Eudeline, muy hueca con aquellas antiguas joyas de familia salvadas de tantos naufragios en el fondo de un cajón. Pero aquellas dos medallas de Nuestra Señora de Fourvières y de Nuestra Señora de las Victorias eran dos amuletos para Dina y no la abandonaban jamás.

— ¡Pobre muchacha! qué provinciana es... dijo el viejo del 48 con sonrisa despreciativa y buscando la aprobación de su hija, educada por él en un desinfectante anticlerical.

Dina se divertía con estas cosas:

— Es usted el que está atrasado, señor Izoard. Usted data del año 1812.

Genoveva se contentó con decir, mientras paseaba la claridad de la lámpara al rededor de la muñeca que acababa de vestir:

— La verdad es que está muy mona.

Los ojos azules de la pequeña chispearon de alegría.

— ¡Ah! *titta*....

— Puedes estar tranquila; yo le defenderé de las mujeres hermosas.

Tampoco aquella vez pareció que había oído Genoveva.

— Vaya, ¿estamos por fin? dijo Raimundo con voz crispada.

Pero la viuda Eudeline pidió todavía un minuto para que la muchacha bailase algunos compases de minué con el fin de asegurarse de que lo sabía bien y en realidad para satisfacer su doble orgullo maternal. Y, en efecto, aunque Raimundo dijera que su hermana era demasiado pequeña para él, que un marqués no hacía buen conjunto con una pastora, que el minué se llamaba « pastores y marqueses » dos cuadrillas distintas, jamás se vió nada más encantador que aquella pareja de bonitos fantasmas encintados que surgía de la penumbra y, acompañándose con un aire de Mozart tarareado con la boca cerrada, se acercaba poco á poco á la claridad viva de la lámpara, con las manos unidas y levantadas, enlazados los dedos, con

dos personajes de Lancret ó de Fragonard, de marcha frívola y pomposa. Después, una reverencia, media vuelta, y las cintas, la coleta y el cayado se sumergieron en la oscuridad de la trastienda para desaparecer en el patio con el coche que se llevó á través de las calles silenciosas á aquella pequeña *Cendrillon* tan mágicamente arrebatada á su triste y pobre hogar.